

LOS SUSURROS DEL ATARDECER

Se acercaba el otoño, pero era un extraño y caluroso mes de septiembre; al parecer el verano no quería marcharse, quizá para prolongar mi apacible verano.

La suave brisa del atardecer me susurraba al oído mientras caminaba lenta y plácidamente en medio del frondoso bosque de abetos y hayas cuyas hojas se acariciaban con ternura, medidas por el suave viento que soplaba levemente.

Como siempre, iba inmersa en mis pensamientos de los que solo de vez en cuando me distanciaba para percibir con todos mis sentidos el ambiente que me rodeaba: el alegre trinar de las avecillas que inquietas buscaban cobijo, o el alegre y fuerte sonido del agua que se deslizaba entre las rocas, debajo del camino que mis pies surcaban,; los suaves colores de un incipiente otoño iban tiñendo de variados colores las ramas y la alfombra del suelo que pisaba; un ligero vientecillo me refrescaba...

La caminata era larga pero placentera; mi paso es ya lento cuando me siento cansada, pero ni el cansancio impide que esos susurros del atardecer me invadan y yo vuelva a sumergirme en ese mundo interior por el que van y vienen sombras que me acechan en medio del silencio que me acompaña.

De repente, esas manchas imprecisas se convierten en claras imágenes como las de las pateras cargadas de gentes que se juegan la vida huyendo del sinsentido de la guerra o emprenden un viaje sin rumbo por caminos en los que van dejando sus enseres abandonados hasta llegar a la alambrada de esa frontera que no les ofrecerá refugio.

Siento rabia por ser de la especie humana que provoca esas masacres o silenciosas muertes, pero quiero que se imponga en mí el pensar que también pertenecen a la misma especie las manos acogedoras que los salvan y los abrazan tratando de atenuar el frío de sus temblorosos cuerpos o construyen ciudades fantasmas junto a la frontera. Entre tanto, me planteo cómo sensibilizar a mis alumnos para que no permanezcan indiferentes a tan crueles escenas y se planteen lo que supone abandonar tu hogar, tu familia y tus costumbres.

Cuando contemplo la belleza y vitalidad del agua del río o del mar, quiero que se sumerjan hasta desaparecer en el fondo estas duras imágenes que un día y otro nos presentan.

Se diluyen estas con el ruido de alguna lagartija o quizá una serpiente que se mueve entre los arbustos, pero ese movimiento sigiloso rápidamente me sugiere una nueva amenaza que nos invade y no deja de entristecerme, por el dolor que provoca y la sensación de impotencia y vulnerabilidad. Como una película se suceden en mi imaginación fotografías de seres que huyen de trenes, salas de música o campos de fútbol... Hombres, mujeres o niños; de cualquier color, edad o nacionalidad que intentan escabullirse y huir de la violencia terrorista como los reptiles entre los arbustos. Y a mí, que me toca tratar con chavales en proceso de formación, me toca también alejar de su mente pensamientos xenófobos, a veces alimentados por los que los rodean y hacerles ver que no es la raza ni la religión auténtica la que fomenta esos actos, sino seres sin escrúpulos que hacen germinar en otros las semillas de la violencia.

De nuevo el atardecer susurra en mis oídos y un nuevo pensamiento se apodera de mi mente. Ahora, son personas con nombre y apellido que acuden a la acogida de organismos que las atienden; mujeres-coraje que luchan por la supervivencia en un medio hostil, curvadas por la mochila que arrastran a su espalda. Algunas son casi adolescentes, africanas, caribeñas o del este (¡qué más da!) mujeres que, tras la engañosa promesa de un futuro mejor, emprenden viajes sin rumbo cierto y se encuentran en cuartos vacíos donde manos y bocas extrañas las tocan y besuquean o penetran en sus entrañas mientras intentan que el silencio o la música de su interior acalle los susurros de los que las acompañan. Otras son mujeres apaleadas por la vida o el compañero con el que han concebido una caterva de hijos ahora sonrientes pero a los que, seguramente, el futuro no les deparará ninguna alegría.

Cuando esas imágenes empiezan a dolerme en el alma, de nuevo la naturaleza que me acompaña viene a salvarme; el ruido de la brisa y las hojas se funde con esas blancas sonrisas infantiles y me acerca a todas esas personas acogedoras que dedican parte de su tiempo a hablar con ellas, a acompañarlas y ayudarlas a buscar soluciones a sus problemas y pienso de nuevo en cómo infundir en mis alumnos un espíritu comprometido y solidario que los incline a la compasión y el compromiso con la sociedad que han de construir.

El atardecer avanza y el cielo se tiñe de naranjas, violetas y rojos reflejos de sol que se ocultan tras las duras rocas de las montañas y el atardecer, que es terco, de nuevo me susurra al oído y me habla de una nueva realidad todavía más cercana, la que a veces se vive en las propias aulas, entre niños que no han tenido que naufragar en pateras ni cruzar fronteras. Niños que

aparentemente disfrutan de una situación cómoda; con cuartos llenos de objetos con los que quizá se supla el tiempo que no se les dedica; para los que internet, instagram o el whatsapp es lo más preciado; avances tecnológicos que nos hacen la vida más cómoda pero que ocultan peligrosas relaciones y nuevas formas de violencia, :la de pederastas que los embaucan con regalos y promesas con los que los atrapan en sus redes; la de niños que acosan a otros más débiles difundiendo calumnias y burlas a las que se suman comentarios de otros que ni siquiera conocen. Y yo de nuevo salgo de ahí y pienso en la mayoría de mis adolescentes alumnos que, afortunadamente, no se ven inmersos en estas "historias para no dormir" que de vez en cuando saltan en las noticias de nuestros televisores y nos abruma a los educadores porque, de rebote, afectan a nuestra labor , Y me planteo que, aunque nos queden lejos, debemos tratarlas y hacerles frente, induciéndolos a reflexionar y plantearse que también los pequeños abusos que a veces infligen en algunos de sus compañeros hacen un daño que, para el que los sufre, puede ser irreparable..

Los susurros del atardecer desaparecen con la oscuridad que una luna llena intenta iluminar. La larga caminata culmina y mis preocupaciones no desaparecen, pero sigo creyendo que hay una mayoría de seres humanos dispuestos a paliar los errores que sus hermanos cometen y pienso que mi misión es estar entre éstos, colaborando activamente en proyectos solidarios que hagan posible un mundo mejor y transmitiendo a mis alumnos inquietudes que los comprometan a hacer posible ese mundo con sus propios proyectos y experiencias.

Había ido sola todo el camino de regreso, inmersa en esos pensamientos que me sugerían los susurros del atardecer pero, al acabar el

camino, sentado sobre una roca me esperaba pacientemente tu tierna mano acogedora, tu sonrisa blanca y tus ojos pardos y brillantes que siempre me acompañan como los de todos aquellos hombres o mujeres, de cualquier raza, religión o ideología que se ocupan de las sombrías vidas de los que han ocupado mis pensamientos.